

*La Universidad de Chile:  
Ilustración y modernidad en el Chile decimonónico*

*Fabio Moraga Valle*

---

**Resumen**

---

Aunque el papel que cumplen las universidades nacionales en América Latina ha sido históricamente gravitante, en pocos países del mundo una institución ha sido y es tan importante en la vida nacional como lo es la primera universidad moderna fundada después de las luchas independentistas. La mayoría de los trabajos que tratan sobre la Universidad desde sus primeras décadas, lo hacen desde una óptica historiográfica marcada por la disputa decimonónica entre liberalismo y conservadurismo. Nuestra hipótesis es que, si bien la dicotomía cultural y política entre liberalismo y conservadurismo marcó la evolución de la Universidad de Chile como institución, no es esto lo que la definió, sino su íntima relación con el Estado chileno y su sociedad, pero por sobre todo su relación con los avances de la ciencia y el conocimiento moderno.

**Palabras clave:** Universidad de Chile, ciencia, ilustración, positivismo.

---

**Autor**

*Fabio Moraga Valle*

Grado académico: Doctor en Historia, El Colegio de México

Filiación institucional: Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: fabiohis@gmail.com

*University of Chile:  
Illustration and modernity in the Chile nineteenth-century*

**Abstract**

---

Although, the role of national universities in Latin America, has historically been gravitating. In a few countries of the world an institution has been such important in national life as this one: the first modern university founded after the independence struggles. Most of the works, which deal with the University since its first decades, analyzes from a historiographical point of view marked by the nineteenth century dispute between liberalism and conservatism. Our hypothesis is notwithstanding the evolution of University of Chile was marked by the cultural and political dichotomy between liberalism and conservatism, it is not this struggle that defined it, but its close relationship with the Chilean State; its society and mainly its relation with the advances of modern science and knowledge.

**Keywords:** University of Chile, science, enlightenment, positivism.

---

## LA UNIVERSIDAD DE CHILE: UN PROBLEMA HISTORIOGRÁFICO

Cada cierto tiempo en el debate público chileno, directa o indirectamente, se centra en el carácter y el sentido de la Universidad de Chile como espacio en el que reproducen las ideas progresistas y modernas; en contraposición, la Universidad Católica es identificada con las ideas conservadoras y tradicionalistas<sup>1</sup>. Aunque el papel que cumplen las universidades nacionales en otras naciones latinoamericanas ha sido históricamente gravitante, en pocos países del mundo una universidad ha sido y es tan importante en la vida institucional como lo es ésta, la primera universidad moderna fundada después de las luchas independentistas desarrolladas entre 1810 y 1825<sup>2</sup>. Esto porque pese a que hay historiadores provenientes de la segunda universidad que sostienen que “la preocupación historiográfica en torno a ella ha sido menor que el aura que la rodea”, desde el mismo momento de su fundación y durante toda su existencia, el debate en torno a la Universidad ha sido álgido, abundante y, a veces, confrontacional y ha contribuido a develar las fisuras del Estado y la sociedad en cada momento de su historia<sup>3</sup>.

La mayoría de los trabajos que tratan sobre la Universidad desde su fundación y las primeras décadas del siglo XIX, lo hacen desde una óptica historiográfica marcada por la disputa decimonónica entre liberalismo y conservadurismo. Desde un prisma conservador, se la ha interpretado como la continuación de la Real y Pontificia Universidad de San Felipe<sup>4</sup>. Desde la vereda contraria, el liberalismo historiográfico, se la ha tratado como la creación de una universidad bajo una institucionalidad liberal y moderna<sup>5</sup>. Solo algunos estudios la destacan como una institución sometida a la

---

<sup>1</sup> Por ejemplo el reciente debate sobre la Ley de aborto “por tres causales” (Violación, inviabilidad del feto y peligro de vida de la madre), efectuado en el Tribunal Constitucional chileno. Véase: Macarena Segovia, *De rector a lobbista: Ignacio Sánchez, la voz de la elite conservadora en Chile* (agosto de 2017) <http://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2017/08/29/de-rector-a-lobbista-ignacio-sanchez-la-voz-de-la-elite-conservadora-en-chile/> y Comunicaciones Psicología, *Universidad de Chile continúa contribuyendo al debate sobre el aborto* (mayo de 2016) <http://www.uchile.cl/noticias/121322/universidad-de-chile-continua-contribuyendo-al-debate-sobre-el-aborto>.

<sup>2</sup> Aunque las primeras instituciones creadas en la época independiente fueron la Universidad de Buenos Aires (1821) y la Universidad Nacional de Trujillo (1824), ninguna puede ser catalogada de “moderna” por haber nacido ligadas a la Iglesia Católica, incluso en la segunda, el Arzobispo de Trujillo aun mantiene un fuerte ascendiente sobre la institución. Sobre la UBA, Martín Unzué, “Historia del origen de la universidad de Buenos Aires (A propósito de su 190º aniversario)”, *Revista Iberoamericana de Educación Superior*, Vol 3: N° 8 (2012): pp.72-88.

<sup>3</sup> La frase es de Sol Serrano, *Universidad y Nación. Chile en el siglo XIX* (Santiago: Universitaria, 1994), p. 15.

<sup>4</sup> Por ejemplo Alamiro de Ávila Martell, “La universidad y los estudios superiores en Chile, en *Estudios sobre la época de Carlos III*, eds. Campos Harriet (Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1989), pp. 180-182.

<sup>5</sup> Alfredo Jocelyn-Holt, “Institucionalidad liberal y universidad en el Chile decimonónico”, *Universum* año VI, Talca (1991), pp. 73.

presión dialéctica de fuerzas que la determinaron, la modelaron y la impulsaron en sus funciones y misión estratégica<sup>6</sup>.

Desde nuestro punto de vista esta dicotomía, más que permitirnos entender el significado histórico de esta institución, impide comprender tanto el contexto político en que ésta se formó, como el sentido histórico que adquirió a lo largo del siglo XIX y que se proyectó en las siguientes centurias.

En el presente artículo vamos a revisar algunas de las principales propuestas sobre el carácter histórico e institucional de la Universidad de Chile en el contexto de la formación del Estado nacional. Frente a éstas ofreceremos una explicación distinta ante las que la ven como una institución fruto del rupturista liberalismo político o como una continuidad conservadora de la Colonia.

Nuestra hipótesis es que, si bien la dicotomía cultural y política entre liberalismo y conservadurismo marcó la evolución de la Universidad de Chile como institución, no es esto lo que la define, sino su íntima relación con el Estado chileno y su sociedad, pero por sobre todo su relación con los avances de la ciencia y el conocimiento moderno. Esta universidad nació como parte del consenso conservador construido a partir de 1830 que permitió que tanto las fracciones ultramontanas o monarquistas de la política chilena convivieran al interior de la institución con fracciones conservadoras modernizantes y con liberales moderados y radicales. Pero a partir de 1880, cuando liberales y conservadores modernizantes ganaron la batalla al interior del Estado y la Universidad, los primeros se separaron de la vieja institución fundada por Bello y en 1888 crearon la Universidad Católica, lo que perpetuó una división social, política y cultural existente ya desde los primeros años de la Independencia.

## ILUSTRACIÓN Y UNIVERSIDAD

La ilustración o “iluminismo”, llegó a América a partir de la segunda mitad del siglo XVIII donde difundió el pensamiento científico y la necesidad de cultivarlo. Lo que había sido una corriente intelectual centrada en los filósofos, es decir, un movimiento intelectual que promovió la razón como instrumento de conocimiento –originado en Francia, Inglaterra y Alemania- llegó al continente por tres vías distintas. La más fuerte de ellas fue el “despotismo ilustrado”, impulsado por los reyes borbones, quienes valoraron el cultivo de la ciencia para impulsar reformas que les permitieran retomar el control político y militar sobre las colonias y administrarlas mejor para lograr mayor

---

<sup>6</sup> Grinor Rojo, “La modernidad del proyecto universitario de Bello”, *Anales de la Universidad de Chile*, N° 15, (2003).

productividad. La segunda fue la “ilustración católica”, fomentada por la jerarquía eclesiástica en contra del poder e independencia de las órdenes religiosas; se expresó claramente en la expulsión del Imperio Español de la Compañía de Jesús en 1767, que hizo el rey Carlos III de acuerdo con el Papa Clemente XIV, y por la importancia de una serie de eclesiásticos que posteriormente participaron en las luchas independentistas y la formación de los nuevos estados-nación. La tercera vertiente, compuesta por un movimiento de intelectuales laicos o civiles –al estilo europeo-, también tuvo fuerza e impulsó modernaciones en sus propias sociedades a través de la creación de instituciones científicas y de tertulias de la elite donde se reprodujeron las ideas ilustradas. Entre 1808 y 1830, esta elite se reforzó con los procesos independentistas, cuando se articuló con el liberalismo, que había nacido con la Revolución Francesa.

Pero el fomento al cultivo de la ciencia y el conocimiento a través de la creación de instituciones científicas y educacionales por gobernadores ilustrados y laicos o civiles se topó con una fuerte barrera: Los monarcas privilegiaron a la metrópoli y marginaron a las colonias. Por ello, la fundación de universidades, academias e institutos en el “nuevo mundo” fue mayoritariamente fruto de la presión que ejercieron esos ilustrados criollos sobre la Corona, quienes incluso financiaron personalmente la creación y el mantenimiento de esos nuevos espacios de conocimiento.

En Chile, la Real y Pontificia Universidad de San Felipe se fundó en 1738, cuando Carlos III firmó la cédula de erección, y el Cabildo de Santiago se comprometió a sufragar parte de sus gastos pero, por la pobreza de esta institución, sus cátedras sólo se abrieron en 1756<sup>7</sup>. La inauguración de esta corporación se produjo como parte de las reformas borbónicas pero, con el correr de los años, fue “recapturada” por el escolastismo y, lejos de ser un espacio donde se reprodujera el pensamiento racionalista, lo más avanzado que se cultivó en sus aulas fue la ilustración católica. Desde su apertura y hasta 1839, en que el gobierno independiente la cerró, graduó a 620 filósofos, 569 teólogos, 526 juristas, 38 médicos y 40 matemáticos, lo que equilave a que el 90% de la formación era en filosofía<sup>8</sup>.

La otra gran institución de educación superior fue el Convictorio Carolino de Nobles, destinado a los hijos de la aristocracia. Creado en 1772, a partir de la

<sup>7</sup> Ávila Martell, “La universidad y los estudios”, pp. 180-182.

<sup>8</sup> José Toribio Medina, *Historia de la Real Universidad de San Felipe* (Santiago: Imprenta y Litografía Universo, 1928). Serrano, *Universidad y nación*, p. 31. Donoso ha hecho la salvedad de que la Universidad era “real y pontificia” es decir, salvaguardaba el *estatu quo* colonial manteniendo unidos los poderes temporal y espiritual, Ricardo Donoso, *Las ideas políticas en Chile*, p. 62.

expropiación del Convictorio San Francisco Javier de los jesuitas, estaba a cargo de la Iglesia como institución y no de una orden. Impartía la mayoría de las cátedras para optar a grados universitarios; con el cambio adquirió una impronta modernizante, pero por ello sufrió una merma en sus recursos y del número de alumnos<sup>9</sup>.

Hubo otras instituciones fruto de iniciativas particulares, como la Academia de San Luis. Obra del intelectual Manuel de Salas, su idea fue imitar las fundadas por los borbones para la enseñanza de las ciencias naturales. Este Síndico del Consulado, aprovechó su experiencia cuando visitó España y propuso la formación de una academia para la enseñanza de geometría, aritmética y dibujo, necesarios para el desarrollo de la agricultura, el comercio y la industria. Pero el entusiasta se encontró con las mismas dificultades con que se había topado la Universidad: falta de interés de la sociedad y de apoyo estatal; las clases iniciaron recién en 1799. A las materias iniciales, Salas agregó primeras letras y una gran innovación: una cátedra de gramática española junto a la latina; ampliación que fue objetada por el Consulado y sólo se pudo implementar tras arduas negociaciones<sup>10</sup>. Esta primera institución típicamente ilustrada –aspecto que se evidencia en la introducción de las matemáticas para aplicaciones técnicas y la enseñanza de la gramática española– se caracterizó por “la apertura hacia el pensamiento científico y su capacidad transformadora de la realidad y una mayor intervención del Estado en el fomento de este proceso”<sup>11</sup>.

Así, a fines de la Colonia existía en Chile una red de instituciones educacionales ilustradas compuesta por la Universidad de San Felipe, el Convictorio Carolino y la Academia de San Luis; además del Seminario Eclesiástico, el Colegio de Naturales de Chillán y algunas escuelas públicas santiaguinas. Lo notable es que, salvo el Seminario y el Colegio de Naturales, las más importantes habían nacido bajo el mandato de los borbones, pero creados a partir de iniciativas de la elite local, donde la Iglesia, pese a que mantenía su influencia, tanto en la administración como en el currículo, ya no era monopólica: el mundo civil había abierto un espacio en la cultura tradicional católica<sup>12</sup>.

---

<sup>9</sup> Por ejemplo, el presbítero José Francisco Echaurren introdujo la filosofía ecléctica en los planes de estudio que renovó el ambiente dominado por la escolástica Mario Góngora, “El pensamiento de Juan Egaña”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* N° 68 (1963): p. 39; Serrano, *Universidad y nación*, p. 33.

<sup>10</sup> Salas, *Escritos de don Manuel de Salas*, I, p. 602. Domingo Amunátegui Solar, *Los primeros años del Instituto Nacional, 1813-1835* (Santiago: Imprenta Cervantes, 1889), pp. 12-16.

<sup>11</sup> Serrano, *Universidad y Nación*, p. 28.

<sup>12</sup> El Colegio de Naturales de Chillán estaba dirigido por los franciscanos del Colegio de Propaganda Fide, congregación evangelizadora que operaba en el sur de Chile; pertenecía a una de las órdenes contra las que se dirigió la política reformista de la Iglesia. No por casualidad la actitud de los franciscanos durante la guerra de independencia fue monarquista lo que los llevó a participar directamente contra los independentistas. Pese a

## LA ILUSTRACIÓN REPUBLICANA

Los primeros años de lucha independentista acrecentaron la expansión de la ilustración en el pequeño mundo de lectores que existían en el Reino de Chile. Hacia 1813 el proceso se radicalizó, fruto del accionar del caudillo militar José Miguel Carrera, quien realizó dos sucesivos golpes de Estado con el fin de eliminar del escenario político a los partidarios de la monarquía y a los sectores más conservadores. Junto con ello, se crearon instituciones influenciadas por la ilustración y la Revolución Francesa, como el Instituto Nacional, para lo cual se transformó el Convictorio Carolino en un colegio moderno e ilustrado. Además se fundó la Biblioteca Nacional, por medio de las donaciones de bibliotecas particulares de ilustrados locales. Todo ello había iniciado un año antes con la creación del primer periódico nacional, *La Aurora de Chile*, dirigido por un religioso ilustrado, el fraile Camilo Henríquez. Su primer número salió a la calle el 13 de febrero de 1812 con el sugerente artículo en la portada “Nociones fundamentales de los derechos de los pueblos” y en su interior, “La imprenta: instrumento de la ilustración”<sup>13</sup>.

Con la declaración de la Independencia, en febrero de 1818, asumió como director supremo Bernardo O’Higgins. Aunque menos radical que Carrera, continuó con las medidas ilustradas como la abolición de los escudos de armas e insignias de nobleza y el uso de títulos hereditarios. Asimismo reabrió la Biblioteca y el Instituto que habían sido clausurados por los realistas durante el período de Reconquista 1813-1818.

Las primeras luchas independentistas habían dividido a las familias aristocráticas en torno a la lealtad hacia la corona. Después del establecimiento de los primeros gobiernos nacionales –entre 1810 y 1813- esta lucha se politizó en torno a la radicalidad de los cambios anticoloniales. Posterior a la declaración de Independencia, en 1818, se abrió paso a las luchas por la formación del Estado, la rivalidad política se acrecentó y se formó un sistema político dividido –a grandes rasgos- entre liberales y conservadores, o –en jerga local- entre “pipiolos” y “pelucones”. Paralelo a esto, cada vez que la guerra, primero por la Independencia (1813-1818) y después por su consolidación (1818-1826), los esfuerzos militares, económicos y políticos fueron en desmedro de las instituciones culturales y científicas.

---

esta impronta, allí se educó en las primeras letras el joven Bernardo O’Higgins, uno de los líderes patriotas. Jaime Valenzuela Márquez, “Los franciscanos de Chillán y la independencia: avatares de una comunidad monarquista” *Historia* N° 38, Santiago, Universidad Católica (enero-junio 2005): pp. 113-158.

<sup>13</sup> “Nociones fundamentales de los derechos de los pueblos”, *Aurora de Chile. Periódico ministerial y político*, Santiago, 13 de febrero de 1812, p. 1.

Por ello, las nuevas instituciones ilustradas sufrieron los avatares políticos y económicos de los 20 años de inestabilidad independentista.

En 1830 una corta guerra civil, ganada por los pelucones, puso fin a la inestabilidad política y fundó un orden conservador legitimado por la Constitución Política de 1833<sup>14</sup>. El grupo en el poder estaba compuesto por conservadores tradicionalistas, partidarios de la corona española, y conservadores modernizantes. Los primeros se refugiaron en la universidad colonial y desde allí resistieron los cambios que se producían. Los segundos fueron los que detentaron el poder político posindependentista. Desde recién formado el Instituto se declaró una guerra soterrada entre éste y la Universidad de San Felipe. Desde la reorganización definitiva del primero, bajo O'Higgins, la lucha se declaró en forma abierta; el Senado envió un oficio a la Universidad comunicándole que sus cátedras pasaban al Instituto y que sus profesores podían jubilar o pasar a la nueva institución. Pero la Universidad reclamó para sí el privilegio de tomar los exámenes conducentes a los grados, lo que prolongó el enfrentamiento. En 1823 ese derecho también le fue quitado, pero la antigua institución siguió su lucha encabezada por el canónigo Juan Francisco Meneses y apoyado por la poderosa red social más conservadora personificada en los doctores. De todos modos, para 1833 le habían sido suprimidas progresivamente las rentas, luego las cátedras, los estudiantes, la biblioteca y finalmente sus funciones de superintendencia<sup>15</sup>.

En este sentido, nuestra certidumbre se aleja de las hipótesis tradicionales que ven en la figura de Diego Portales (un individuo -literalmente- de “pocas luces”) el “creador del Estado”. Lejos de crear un Estado nación, Portales se dedicó a reprimir al liberalismo posindependentista y a la violencia delictual del “bajo pueblo”, para lo cual recreó las milicias civiles de la colonia como Guardia Nacional, deportó a los opositores y creó cárceles ambulantes para los delincuentes. Así, lejos de ser la creación de un solo hombre (una idea proveniente de la figura del héroe del romanticismo decimonónico), el Estado chileno es fruto de la herencia borbónica de un colectivo, es decir, de la elite gobernante. Pero es una herencia construida bajo una hegemonía borbónica puesta en permanente cuestionamiento por las luchas políticas intraelitarias de la época, pero dentro de un contexto que tanto era herencia del despotismo ilustrado, como de la nueva situación independiente de la nación que se

---

<sup>14</sup> Por citar solo a los trabajos tradicionales sobre el tema véase: Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile, siglos XIX y XX* (Santiago: Universitaria, 1990) y Alberto Edwards, *La fronda aristocrática en Chile* (Santiago: Ercilla, 1936).

<sup>15</sup> Archivo Nacional Ministerio del Interior (ANMI), vol. 51, f. 49. 30 de abril de 1833.

estaba construyendo. Por ello, el Estado chileno estaba compuesto por los cinco ministerios que tuvieron los regímenes borbónicos (Interior, Relaciones Exteriores, Guerra y Marina, Hacienda y Justicia, Culto e Instrucción Pública) con un “soberano”, en este caso un presidente, fuerte. Era un “despotismo-republicano”<sup>16</sup>.

Derrotados políticamente, los liberales se refugieron en la cultura y siguieron sembrando los frutos de la ilustración: crearon la Sociedad Literaria, donde convergieron una serie de jóvenes intelectuales formados en el Instituto, pero con pocos nexos reales con los derrotados pipiolos, y periódicos como *El Semanario de Santiago*. Estas publicaciones rivalizaron en el pequeño e incipiente ambiente intelectual chileno al que se unieron exiliados argentinos expulsados por la dictadura del autócrata Juan Manuel de Rosas.

En este contexto de despertar cultural y político y de resistencia conservadora a los cambios, se desarrolló el acontecimiento científico e institucional más importante del siglo XIX. Después del Instituto, la segunda gran creación del Estado chileno fue la Universidad de Chile<sup>17</sup>. El conflicto entre la Universidad y el Instituto era un conflicto político entre quienes detentaban el poder: entre la elite aristocrática autoritaria y modernizante que había encabezado la batalla por el poder, y la elite también autoritaria pero conservadora y tradicionalista. En 1837 la rectoría del Instituto fue asumida por Manuel Montt cuando el ministro de Justicia Culto e Instrucción Pública era Mariano Egaña<sup>18</sup>. No era un conflicto entre dos grupos socialmente distintos, era una lucha entre dos sectores de la elite (unidos incluso por lazos familiares) con distintas actitudes frente al cambio. En octubre de 1838 Montt envió al ministro una carta en la que denunciaba los enormes problemas de la

---

<sup>16</sup> Sobre la hipótesis tradicional o conservadora de Portales como “creador” del Estado: véase Mario Góngora, *Ensayo Histórico*, Alberto Edwards, *La Frontera* y Grínor Rojo, “La modernidad”, (este último sobre la relación de este “Estado portaliano” y la creación de la Universidad). Sobre la hipótesis “liberal”, de una universidad en un contexto institucional liberal, Jocelyn-Holt, *El peso de la noche: nuestra frágil fortaleza histórica* (Santiago: Random House, 2014). Los críticos de Portales: Sergio Villalobos, *Portales: una falsificación histórica* (Santiago: Universitaria, 2016) y Gabriel Salazar, *Mercaderes, empresarios y capitalistas (Chile, siglo XIX)* (Santiago: Sudamericana, 2011). Sobre el despotismo republicano: Moraga, *El positivismo en Chile*.

<sup>17</sup> Serrano, quien dedicó su tesis doctoral a la Universidad, la ha definido como: “...una de las obras institucionales más macizas del siglo XIX... columna vertebral de la educación pública, la vida intelectual y de la formación de las elites dirigentes” Serrano, *Universidad y nación*, p. 15.

<sup>18</sup> Mariano Egaña, hijo del intelectual conservador Juan Egaña (como plenipotenciario en Inglaterra contactó y contrató a Andrés Bello como funcionario del gobierno chileno); producto de su experiencia británica era partidario de la monarquía constitucional. Mientras que Manuel Montt estudió en el Instituto Nacional donde se inició como inspector; desde joven militó en el grupo pelucón, allí se hizo conocido por su portalianismo: “Frió severo doctrinario, respetuoso de las formas legales y convencido e inquebrantable defensor del sistema autoritario creado por Portales y mantenido por la dominación de los pelucones”. Edwards, *Bosquejo histórico de los partidos políticos*, p. 50.

dualidad de funciones entre ambas instituciones, en especial sobre el control de exámenes. La sostenida actitud del rector Meneses en defensa de la Universidad encontró en la personalidad de Manuel Montt y en el ministro Egaña, su más duro obstáculo. La polémica acabó cuando el gobierno cerró la Universidad de San Felipe mediante un decreto del 17 de abril de 1839 y comenzó a preparar la fundación de una universidad republicana acorde a su proyecto de nación. Dos años después, cuando Bulnes subió al sillón presidencial, Montt asumió el Ministerio y pidió a Andrés Bello que redactara el proyecto de ley orgánica<sup>19</sup>. Así, el nacimiento de la Universidad republicana, que se instaló sobre el cierre de la institución borbónica, dejó un ambiente de enfrentamiento político que constituyó el contexto de uno de los documentos ilustrados más importantes de la institucionalidad política y educacional republicana: el *Discurso de instalación de la Universidad de Chile*.

### ¿TRADICIONAL, LIBERAL O ILUSTRADA?

La “inauguración solemne” de la nueva corporación se realizó el 17 de septiembre de 1843, en vísperas de un nuevo aniversario de la Independencia. Guardando todas las formas tradicionales, los 22 doctores sobrevivientes de la planta de la Real Universidad de San Felipe “se presentaron con borlas y capelos a la antigua”, al final de la ceremonia se celebró un solemne *Te deum* en la Catedral de Santiago. Ese día Bello asumió la tarea de dirigir una universidad moderna en un ambiente político dominado por el bloque conservador, fundado en la tradición colonial y en la modernidad borbónica, es decir, en el que muchos de sus prohombres eran francamente hostiles a las ideas modernas. Por esto, el *Discurso* de Bello trató de equilibrar la tradición aristocrática con la modernización autoritaria pelucona; de paso, intentó conjurar las especulaciones de esos sectores tradicionalistas que sospechaban del conocimiento y la ciencia:

La Universidad, señores, no sería digna de ocupar un lugar en nuestras Instituciones sociales, si (como murmuran algunos ecos oscuros de declamaciones antiguas) el cultivo de las ciencias y de las letras pudiese mirarse como peligroso bajo un punto de vista moral, o bajo un punto de vista político. La moral (que yo no separo de la religión), es la vida misma de la sociedad: la libertad es el estímulo que da un vigor sano y una

---

<sup>19</sup> Bernardino Bravo Lira, *La universidad en la historia de Chile, 1622-1992* (Santiago: Pehuén Editores, 1992), p. 302. Serrano, *Universidad y Nación*, pp. 65-68.

actividad fecunda a las Instituciones sociales. Lo que enturbie la pureza de la moral, lo que trabe el arreglado, pero libre desarrollo de las facultades individuales y colectivas de la humanidad –y digo más- lo que las ejercite infructuosamente, no debe un Gobierno sabio incorporarlo en la organización del Estado<sup>20</sup>.

He aquí las coincidencias de Bello con el peluconismo: el proyecto de moralización para la formación de una ciudadanía compuesta de hombres “modelos de virtuosidad y patriotismo”, como planteaba Diego Portales, necesitaba de la religión; esta concepción tenía sin embargo, un matiz de liberalismo: no podía alterar las facultades individuales<sup>21</sup>. Con esto atacaba tanto a los liberales radicales como a los conservadores ultramontanos, cuya actitud, según él, paralizaba el desarrollo de la ciencia y la razón:

Pero en este siglo, en Chile, en esta reunión, que yo miro como un homenaje solemne a la importancia de la cultura intelectual; en esta reunión, que por una coincidencia significativa es la primera de las pompas que saludan al día glorioso de la Patria, al aniversario de la libertad chilena, yo no me creo llamado a defender las ciencias y las letras contra los paralogismos del elocuente filósofo de Ginebra, ni contra los recelos de espíritus asustadizos, que con los ojos fijos en los escollos que han hecho zozobrar al navegante presuntuoso, no querrían que la razón

---

<sup>20</sup> Andrés Bello, “Discurso de Instalación de la Universidad”, en *Obras Completas*, en: *Anales de la Universidad de Chile*, I, Santiago, 1843-1844 y VI, 7, IX-1998, pp. 139-152.

<sup>21</sup> Uno de los manifiestos más elocuentes de la lógica del poder de los pelucones es un párrafo escrito por el hombre fuerte del régimen, el ministro Diego Portales, elevado por la historiografía conservadora a constructor del Estado. En una carta (la única fuente de su pensamiento político) a su socio de negocios José Manuel Cea dice textual: “A mi las cosas políticas no me interesan, pero como buen ciudadano puedo opinar con toda libertad y aún censurar los actos del Gobierno. La Democracia, que tanto pregonan los ilusos, es un absurdo en los países como los americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera República. La Monarquía no es tampoco el ideal americano: salimos de una terrible para volver a otra y ¿qué ganamos? La República es el sistema que hay que adoptar; ¿pero sabe cómo yo la entiendo para estos países? Un Gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes. Cuando se hayan moralizado, venga el Gobierno completamente liberal, libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos. Esto es lo que yo pienso y todo hombre de mediano criterio pensará igual”. Carta de Diego Portales a Cea, Lima, marzo de 1822. *Epistolario de don Diego Portales: 1821-1837*, (Recopilación y notas de Ernesto de la Cruz; con un prólogo y nuevas cartas, algunas recopiladas y anotadas, por Guillermo Feliú Cruz), (Santiago: Ministerio de Justicia, 1937).

desplegase jamás las velas, y de buena gana la condenarían a una inercia eterna, más perniciosa que el abuso de las luces a las causas mismas por que abogan<sup>22</sup>.

Así, la mayoría política construida por los pelucones se trasladaba al plano intelectual e institucional, es decir, a la lógica de oponerse tanto al ultramontanismo de un sector de la Iglesia como al jacobinismo pipiolo. Enseguida el venezolano abogaba, teniendo en cuenta los tiempos y el lugar en que estaba ubicado, y, personalmente como católico que era, por la unión entre razón y fe:

Todas las verdades se tocan, y yo extendiendo esta aserción al dogma religioso, a la verdad teológica. Calumnian, no sé si diga a la religión o a las letras, los que imaginan que pueda haber una antipatía secreta entre aquélla y éstas. Yo creo, por el contrario, que existe, -que no puede menos que existir- una alianza estrecha, entre la revelación positiva y esa otra revelación universal que habla a todos los hombres en el libro de la naturaleza. Si entendimientos extraviados han abusado de sus conocimientos para impugnar el dogma, ¿qué prueba esto sino la condición de las cosas humanas?<sup>23</sup>

Este es el Bello característico de la ilustración católica que, dudando de la máxima kantiana que unía libertad y razón, juntaba a ésta explícitamente con la fe<sup>24</sup>. Para Bello la verdad era algo a lo que no se podía llegar, o lo que es lo mismo, el conocimiento no se podía “construir”, si no se unía la “revelación positiva” (científica) a la “revelación universal” (católica). Para ello instalaba una sospecha sobre la razón humana:

Si la razón humana es débil, si tropieza y cae, tanto más necesario es suministrarle alimentos sustanciosos y apoyos sólidos. Porque extinguir esta curiosidad, esta noble osadía del entendimiento, que le hace arrostrar los arcanos de la

---

<sup>22</sup> Bello, “Discurso de Instalación”.

<sup>23</sup> Bello, “Discurso de Instalación”.

<sup>24</sup> Immanuel Kant, “Respuesta a la pregunta ¿Qué es la Ilustración?”, en *Filosofía de la historia* (México: FCE, 1980).

naturaleza, los enigmas del porvenir, no es posible, sin hacerlo al mismo tiempo, incapaz de todo lo grande, insensible a todo lo que es bello, generoso, sublime, santo, sin emponzoñar las fuentes de la moral; sin afeardar y envilecer la religión misma<sup>25</sup>.

Razón y fe, “revelación positiva” y “revelación universal”, se necesitan porque son los dos componentes del mundo: la naturaleza y la humanidad. Como la razón humana es (por naturaleza) débil y necesita a la fe para no tropezar, caer o extraviarse. Estamos acá frente a los elementos conservadores del pensamiento de Bello. Sentadas estas bases, que daban equilibrio y coherencia a su proyecto a partir de elementos que podían ser entendidos como disímiles o antagónicos, ubicaba a la institución que estaba naciendo con una misión específica como propagador del conocimiento en un país latinoamericano. Pero, he aquí la pregunta que deslizaban los opositores ultramontanos ¿Eran las universidades un instrumento para la propagación de las luces? Bello respondía afirmativamente pues en una edad en la que pululaban las sociedades de agricultura, comercio, industria, beneficencia, la edad de los gobiernos representativos y para ello ponía de ejemplo a Europa y los Estados Unidos “nuestro modelo bajo tantos aspectos”. La propagación del saber debía tener corporaciones que difundieran con rapidez las comunicaciones literarias:

No bien brota en el pensamiento de un individuo una verdad nueva, cuando se apodera de ella toda la república de las letras. Los sabios de Alemania, de la Francia, de los Estados Unidos, aprecian su valor, sus consecuencias, sus aplicaciones. En esta propagación del saber, las Academias, las Universidades, forman otros tantos depósitos, a donde tienden constantemente a acumularse todas las adquisiciones científicas, y de estos centros es de donde se derraman más fácilmente por las diferentes clases de la sociedad. La Universidad de Chile ha sido establecida con este objeto especial. Ella, si corresponde a las miras de la ley que te ha dado su nueva forma, si corresponde a los deseos de nuestro Gobierno, será un cuerpo eminentemente expansivo y propagador<sup>26</sup>.

---

<sup>25</sup> Bello, “Discurso de Instalación”.

<sup>26</sup> Bello, “Discurso de Instalación”.

Estamos frente a los elementos modernizadores del pensamiento de Bello: el conocimiento puede colocar al país a la altura de los países modernos que habían hecho de él un elemento de comunicación con el mundo y la Universidad garantizaba su universalidad. Así, teniendo en cuenta la misión que el gobierno establecía para la Universidad respecto de la educación, sostenía que ni la ciencia ni la instrucción de la sociedad podían separarse:

Otros pretenden que el fomento dado a la instrucción científica se debe de preferencia a la enseñanza primaria. Yo ciertamente soy de los que miran la instrucción general, la educación del pueblo, como uno de los objetos más importantes y privilegiados a que pueda dirigir su atención el Gobierno; como una necesidad primera y urgente; como la base de todo sólido progreso; como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas. Pero, por eso mismo, creo necesario y urgente el fomento de la enseñanza literaria y científica. En ninguna parte ha podido generalizarse la instrucción elemental que reclaman las clases laboriosas, la gran mayoría del género humano; sino donde han florecido de antemano las ciencias y las letras. No digo yo que el cultivo de las letras y de las ciencias traiga en pos de sí como una consecuencia precisa la difusión de la enseñanza elemental<sup>27</sup>.

Estas son las dos funciones que el gobierno había fijado para la Universidad: la instrucción general del pueblo y el desarrollo de la ciencia. Para el venezolano ambos, al igual que la razón y la fe, eran elementos que no se debían ni podían separar en la Universidad que, como academia, fomentaba su cultivo para después llevarlo a la instrucción general de las “clases laboriosas”.

Pero la aplicación de la ciencia no era para Bello una copia que había que trasladar mecánicamente; el conocimiento generado en Europa debía sufrir una adaptación a la realidad chilena para que pudiera servir a los propósitos nacionales y

---

<sup>27</sup> Bello, “Discurso de Instalación”. La “instrucción elemental”, es decir, la educación primaria o básica ya había sido formalizada con la fundación de la Escuela de Preceptores de Santiago (después llamada Escuela Normal de Preceptores José Abelardo Núñez) la primera escuela especializada en formar docentes primarios en América Latina. Su primer rector fue el exiliado argentino Domingo Faustino Sarmiento. Cristián Cox y Jacqueline Gysling, *La formación de docentes en Chile, 1842-1987* (Santiago: Centro de Investigaciones y Desarrollo de la Educación (CIDE), 1990).

aquí engarzaba los objetivos de la institución con los objetivos que hemos visto eran los del Estado chileno desde que consiguiera emanciparse de España:

La Universidad estudiará también las especialidades de la sociedad chilena bajo el punto de vista económico, que no presenta problemas menos vastos, ni de menos arriesgada resolución. La Universidad examinará los resultados de la estadística chilena, contribuirá a formarla, y leerá en sus guarismos la expresión de nuestros intereses materiales. Porque en éste, como en los otros ramos, el programa de la Universidad es enteramente chileno; si toma prestadas a la Europa las deducciones de la ciencia es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en que se propone dirigir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos, convergen a un centro: la Patria<sup>28</sup>.

Como podemos ver, el discurso de Bello tiene varios elementos destacables. En primer lugar, es un discurso inaugural que rompe con el pasado colonial, aunque está consciente de que la creación institucional que él encabeza surgía de ese pasado. En segundo lugar, trata de romper con lo que para él eran extremismos políticos paralizantes para el conocimiento. Además es un discurso acerca de la ciencia y su papel en la sociedad que suma a su cultivo y desarrollo una misión específica en un país latinoamericano: acompañar el proceso de formación política e institucional nacional. Hasta acá los grandes objetivos de la Universidad remarcados de Bello.

Pero en su alocución también dedicó palabras con un sentido político inmediato, donde se refirió indirectamente al grupo de jóvenes liberales de la Sociedad Literaria, muchos de ellos, sus discípulos en las clases particulares que ofrecía en su casa<sup>29</sup>. Bello, sin embargo, no habló directamente de ellos sino de la literatura y en especial de “la más hechicera de las vocaciones literarias”, la poesía:

---

<sup>28</sup> Bello, “Discurso de Instalación”.

<sup>29</sup> José Victorino Lastarria, *Recuerdos Literarios* (Santiago: Universidad de Chile, 1960). Aunque Lastarria y muchos jóvenes liberales eran alumnos de Bello, su maestro más directo en el liberalismo y el romanticismo fue el intelectual liberal español José Joaquín de Mora, seguidor de las ideas de Blanco White y quien había traducido a sir Walter Scott al español. Mora se desempeñó además como oficial auxiliar de un ministerio y fundó *El Mercurio Chileno* a los siete meses de llegado participó en los debates y redacción de la Constitución de 1828. En reconocimiento de estos y otros aportes, el Gobierno y el Congreso le otorgaron la ciudadanía chilena. Fabio Moraga, “Ciencia Historia y razón política. El positivismo en Chile, 1840-1900” (Tesis de doctorado, El Colegio de México, 2007), pp. 109-110.

¿Podiera sobre todo dejar de aludir a la excitación instantánea, que ha hecho aparecer sobre nuestro horizonte esa constelación de jóvenes ingenios que cultivan con tanto ardor la poesía? Lo diré con ingenuidad: hay incorrección en sus versos; hay cosas que una razón castigada y severa condena. Pero la corrección es la obra del estudio y de los años; ¿quién pudo esperarla de los que en un momento de exaltación poética y patriótica a un tiempo, se lanzaron a esa nueva arena, resueltos a probar que en las almas chilenas arde también aquel fuego divino, de que por una preocupación injusta se las había creído privadas?<sup>30</sup>

Así daba cuenta de la reacción de los jóvenes institutanos, dirigidos por Lastarria, al desafío planteado por los jóvenes intelectuales argentinos exiliados que habían iniciado una polémica sobre el atraso cultural chileno<sup>31</sup>. Esta parece una condena a la actitud poética surgida de la influencia del romanticismo en sus jóvenes discípulos. Pero en vez de condenar y combatir la ignara rebeldía juvenil expresada poéticamente, Bello les otorga una carta de reconocimiento a su labor “hallo en esas obras destellos incontestables del verdadero talento”... y aun... “verdadero genio poético”, una “imaginación original y rica... una versificación armoniosa y fluida” que finalmente “sale airoso de esta arriesgada prueba”; y colocaba la Universidad al servicio de su cultivo:

Si queréis que vuestro nombre no quede encarcelado entre las Cordilleras de los Andes y la Mar del Sur, recinto demasiado estrecho para las aspiraciones generosas del talento; si queréis que os lea la posteridad, haced buenos estudios, principiando por el de la lengua nativa. Haced más; tratad asuntos dignos de vuestra patria y de la posteridad. Dejad los tonos muelles de la lira de Anacreonte y de Safo: la poesía del siglo XIX tiene una misión más alta. Que los grandes Intereses de la humanidad os inspiren. Palpite en vuestras obras el sentimiento moral. Dígase

---

<sup>30</sup> Bello, “Discurso de Instalación”.

<sup>31</sup> Sobre la polémica Lastarria, *Recuerdos*. Vicente Fidel López, “Clasicismo y romanticismo”, *Revista de Valparaíso* N° 4 (mayo de 1842). Norberto Pinilla, *La polémica del romanticismo en 1842* (Buenos Aires: Editorial Américal, 1943).

cada uno de vosotros al tomar la pluma: sacerdote de las musas,  
canto par las almas inocentes y puras<sup>32</sup>.

Así, al igual que la ciencia, la poesía también tenía una “misión superior” que cumplir: los “grandes intereses de la humanidad”, el “sentimiento moral” orientada a “asuntos dignos de vuestra patria y la posteridad”, sólo así su arte se universalizaría y dejaría de ser sólo destellos de talento.

Hemos citado extensamente el discurso de Bello porque, en primer lugar, es un manifiesto intelectual de la época escrito bajo una impronta ilustrada y moderna a la vez, que une los que se postulaban como los dos grandes modelos de conocimiento de entonces: el científico y el literario. En ese momento del desarrollo intelectual latinoamericano, no existía una separación entre ambos modelos. Los paralelos con el *Discurso de incorporación* de su discípulo ante la Sociedad Literaria son muchos. Sólo que éste antecede en el tiempo al del maestro. Recuérdese que el venezolano habla ubicándose en un lugar muy específico “en este siglo, en Chile, en esta reunión...”, defendiendo el conocimiento de ultramontanos y jacobinos para que “la razón despliegue sus velas”.

En segundo lugar, es un texto político que se desarrolla en un contexto difícil para su proyecto intelectual pues debe luchar contra fuerzas que se le oponen desde los extremos: las de la tradición conservadora y ultramontana, hostil a los avances de la ciencia y la modernidad y las de los liberales derrotados, proclives a instaurar una modernidad radical y una moral secularizada, es decir, sin fe.

En tercer lugar, las palabras de Bello representaban a una generación de ideólogos y constitucionalistas, a la que él mismo pertenecía, formadores de los Estados latinoamericanos después de las luchas militares de la Independencia característicos de la etapa 1820-1840. Algunos de ellos habían abrazado el liberalismo de los primeros años del proceso emancipador pero luego, influenciados por las nuevas interpretaciones europeas, morigeraron sus impulsos iniciales y aceptaron algunos preceptos de la tradición y el pensamiento conservador. Otros, como nuestro comentado, devinieron lentamente de un monarquismo inicial, basado en el catolicismo ilustrado, a un republicanismo autoritario e ilustrado. En esta evolución, se unieron a los intelectuales tradicionalistas que devinieron conservadores y muchas veces unidos dieron forma a los Estados latinoamericanos de la época. Allí pudieron ver el funcionamiento de la monarquía parlamentaria y desarrollaron una visión

---

<sup>32</sup> Bello, “Discurso de Instalación”.

crítica y distante de la experiencia francesa; el mismo Bello, funcionario de la corona, en la península asistió al predominio napoleónico desde el “otro lado”.

Finalmente, el *Discurso de instalación* es un texto donde Bello hace un gesto para abrir paso a la nueva generación, a sus discípulos, es decir, a quienes él mismo había contribuido a formar. Máxime cuando uno de ellos (Lastarria) era desde ese momento parte de la nueva corporación. Pero también esto es un “juego de poder”; el venezolano, asumía el papel del maestro, es decir, el dueño del canon, que se siente capaz de juzgar la labor de la nueva generación literaria, la de sus discípulos.

A la solemne y pomposa inauguración asistieron, también en calidad de invitados, los alumnos del Instituto; entre ellos un joven, Diego Barros Arana, que relató años después, cuando era rector de la institución que veía nacer, sus impresiones: “Los alumnos del Instituto Nacional asistimos en cuerpo. Se nos colocó en rigurosa formación en la parte baja que formaba el centro de la sala. Allí presenciábamos un acto que por su solemnidad debía impresionarnos vivamente, pero cuya trascendencia en el progreso de la patria chilena sólo mucho más tarde habíamos de apreciar”<sup>33</sup>. No era para menos, estaba asistiendo al parto de una de las instituciones que consolidaría a la nación en el siglo XIX.

En el mensaje al Congreso para que sancionara el proyecto de fundación de la corporación, el presidente Manuel Bulnes sostenía que la creación representaba:

La necesidad de mejorar la enseñanza, de extenderla a todas las clases de la sociedad y de uniformarla en todo el Estado, en cuanto sea posible, me ha movido a pensar en el establecimiento de un nuevo cuerpo literario y científico que vele por este interesante objeto. Él, al mismo tiempo que metodizará la educación primaria y propagará la afición a los estudios superiores, ofreciendo estímulos de honor y gloria a los talentos, servirá de un poderoso auxiliar a los trabajos que se emprenderán por los diversos departamentos de la administración. Un plan general de educación pública y una superintendencia que dirija e inspeccione, son una de las primeras necesidades recogidas por nuestro Código fundamental<sup>34</sup>.

---

<sup>33</sup> Universidad de Chile, *Quincuagésimo aniversario de la fundación de la Universidad de Chile, 17 de septiembre de 1893. Discursos* (Santiago: Imprenta Cervantes, 1893), p. 7.

<sup>34</sup> “Mensaje del ejecutivo con el proyecto de ley” en: Bello, 1957, OC., vol. XIX, p. 133.

De esta forma la nueva universidad surgió como parte fundamental del Estado, más que de la nación. La creación fue sancionada por una ley orgánica aprobada el 19 de noviembre de 1842. Las tesis de historiadores conservadores que veían el régimen político e institucional surgido después de Lircay como una restauración colonial, oponemos el concepto de continuidad borbónica. Luego revisaremos la tesis que sostiene que ese régimen era, por el contrario, “liberal y republicano” y fundamentan este aserto en que las instituciones surgidas después de la Independencia son “liberales y modernizantes” y ejemplifican con el caso de la Universidad de Chile<sup>35</sup>. Ambas tienen fundamentos que es necesario revisar.

Los principales impulsores de la Universidad fueron Mariano Egaña, (creador de la efímera Academia Chilena en el Instituto Nacional que no se pudo realizar por falta de profesores), y Andrés Bello<sup>36</sup>. Como sabemos, ninguno de ellos puede ser llamado “liberal” puesto que son hombres del peluconismo autoritario y modernizante. Por la mentalidad de estos ideólogos, proclives a elaborar planes muy ambiciosos, el proyecto de la institución fue una compleja amalgama de la tradición con la modernidad, de los deseos de estos intelectuales y los del gobierno de turno y del Estado que querían formar.

Primero, la ley nombraba al presidente de la República como “patrono” de la institución y lo facultaba por primera y única vez para nombrar todo el personal que la conformaría, un signo borbónico; (después, los seguiría nombrando pero a partir de ternas presentadas por los académicos de cada facultad o del claustro pleno). Segundo, la Constitución de 1833 había conferido a la Universidad la función de una Superintendencia de Educación Pública, la misma función que la corona le había dado a la Universidad de San Felipe; esta es una orientación claramente borbónica, hija del despotismo ilustrado, pero que ensamblaba perfectamente con el deseo de las autoridades de tener una institución que garantizara la formación de una elite funcionaria y la consolidación del proyecto ilustrado. En un tercer aspecto, debía ser

---

<sup>35</sup> Alfredo Jocelyn-Holt, “Institucionalidad liberal”, pp. 73. Otros se han centrado en la polémica si la nueva Universidad era continuidad de la anterior basados en argumentos pueriles como la incorporación de los antiguos doctores a las facultades de la nueva institución y el traspaso de bienes muebles; otros sostienen lo contrario basados en el signo de la lucha independentista. Para lo primero véase: Alamiro de Ávila Martel, *Reseña histórica de la Universidad de Chile (1622-1979)* (Santiago: Ed. de la Universidad de Chile, 1979); Bravo Lira, *La universidad*. Para el argumento contrario: Guillermo Feliú Cruz, *La Universidad de Chile, Universidad de América* (Santiago: Universidad de Chile), 1953, p. 72 y Serrano, *Universidad y Nación*, p. 69.

<sup>36</sup> Juan Egaña era un intelectual conservador; participó en la independencia desde los primeros años, durante la Reconquista estuvo deportado en el Archipiélago de Juan Fernández, junto a su hijo Mariano. Fue el principal redactor de la “Constitución moralista” de 1823, se desempeñó como diputado y senador, fue presidente del Senado en 1827.

una academia científica y literaria; ésta también era una idea originada en la ilustración pero que respondía mejor a las necesidades de la creación de conocimiento en Chile en ese momento, aunque comentaristas posteriores resaltaron esta característica por sobre el papel de institución de enseñanza que adquirió después<sup>37</sup>. En cuarto lugar, debía ser un centro formador de profesionales que dotara al Estado de una casta de funcionarios que requería para enfrentar los negocios públicos<sup>38</sup>. Además, la recién creada institución tenía una Facultad de Teología y una Academia de Ciencias Religiosas, cuyos puestos fueron llenados con la totalidad de los académicos de la antigua institución, es más, en ella se enseñaba latín. Estas características son propias de una orientación anterior incluso a la Ilustración. Todo esto es colonial, no moderno; lo borbónico, que tampoco es totalmente moderno, es todo menos liberal, sobre todo en el plano de la política. Hasta acá todo es restauración ¿Pero que tipo de restauración?

La Universidad estaba organizada en cinco facultades: Filosofía y Humanidades (encargada de la Superintendencia), Leyes, Ciencias Físicas y Matemáticas, Medicina y Teología. Esta última era una concesión a la extinta Universidad de San Felipe y a sus exonerados doctores: cada repartición tenía treinta miembros, pero Teología tenía cuarenta y contaba, además, con una Academia de Ciencias Sagradas.

Por todo esto, y reafirmando nuestra idea central, es difícil sostener que la Universidad de Chile fuese liberal en sus inicios. Lo que sí se puede hacer es reconocerla como republicana y modernizante; pero Chile tenía un substrato profundamente autoritario en el republicanismo que consagró el peluconismo en el poder. En esto también está presente el carácter de restauración colonial de la evolución política chilena; lo que hay que apostillar es que esa “restauración” fue hecha a imagen y semejanza del despotismo ilustrado y no del colonialismo pre borbónico, por ello el mismo Estado es fruto de esa exitosa fórmula política: es un “Estado despótico-republicano”. Por lo mismo se pueden entender las críticas de los liberales de esa época, en especial de Lastarria, que reclamaban fundamentalmente por el profundo sino autoritario de la evolución político institucional impulsada desde el Estado. El pensamiento borbónico es todo, entre ello moderno y cientifizante, pero no liberal, ni republicano o democrático. La labor de liberalizar y democratizar la Universidad fue una tarea que se emprendió después y que se logró no sin luchas, marchas y contramarchas. Encasillar las instituciones tanto por sus

---

<sup>37</sup> Por ejemplo, el discurso de Abraham König en el cincuentenario de la fundación de la Universidad. véase: Universidad de Chile, *Discursos*, pp. 24-26.

<sup>38</sup> Serrano, *Universidad y nación*, p. 69.

orígenes –como si las instituciones no estuvieran formadas por seres humanos que desarrollan luchas por el poder dentro de ellas-, como por su resultado final, no ayudan a comprender la complejidad de un proceso histórico como el chileno en el siglo XIX.

La Iglesia –literalmente- volvió por sus fueros y presionó para que fuera nombrado en el puesto Juan Francisco Meneses, rector de la institución desaparecida. También circuló el nombre del propio Egaña, pero el gobierno se inclinó por Andrés Bello. Los nombramientos del resto de los profesores guardaron los equilibrios políticos y se consideró en ello a los opositores. De esta manera, tanto Meneses como el joven Lastarria formaron parte de los 86 primeros nombramientos académicos, que eran apenas la mitad de lo que consideraban los planes originales. Completar la lista no fue fácil en un medio intelectual incipiente y donde faltaban individuos mínimamente preparados para ejercer como profesores de la Universidad: “Había, es verdad, muchos frailes o clérigos que se decían teólogos, y numerosos abogados que eran más o menos conocedores de las antiguas leyes, pero eran raros los hombres que tenían algún gusto por el cultivo de la letras, y mucho más [raros] los que lo tenían por el estudio de las ciencias matemáticas, científicas o médicas”; además, el ambicioso proyecto contemplaba organizar tanto un cuerpo académico o de “sabios” (en el lenguaje de la época), como un cuerpo docente<sup>39</sup>.

Lo que hizo la diferencia fue que, pese a la derrota, en 1830 ya se había prolijado una fracción de la elite chilena bajo moldes y valores más modernizadores que liberales. Esta elite quedó “mal dividida” después de Lircay, puesto que estaba tanto dentro como fuera del gobierno; pero sí tenía claro un proyecto modernizador para Chile y en éste, la Universidad, la única institución creada por el régimen pelucón que tenía un sesgo modernizador, jugaba un papel central.

La Facultad de Filosofía y Humanidades, que junto con el Instituto Nacional fue el centro de la intelectualidad liberal, fruto de una paradoja histórica, obtuvo la dirección de las escuelas primarias y secundarias. Mientras, el Consejo Universitario, compuesto por el Rector, el Secretario General, los cinco decanos y sólo dos representantes del gobierno, tenía la supervisión sobre toda la enseñanza. En esto sí los liberales derrotados en 1830 lograron un triunfo inesperado, que tendría profundas e insospechadas consecuencias: la apertura de este segundo espacio institucional donde se desarrolló la cultura liberal.

---

<sup>39</sup> Diego Barros Arana, *Un decenio en la historia de Chile, (1841-1851)* (Santiago: Imprenta, litografía y encuadernación Barcelona, 1913), p. 323 y 387.

De esta manera, la Universidad fue organizada bajo la impronta tradicional y moderna a la vez, albergó a una intelectualidad que se pudo reproducir en esa institución y que expandió la cultura liberal decimonónica. Es un proceso de desarrollo cultural e intelectual contradictorio pues desde el seno de un régimen político autoritario y con grandes rasgos conservadores, surgieron las posibilidades de levantar un proyecto que se iría expandiendo lentamente. Esto se pudo lograr por la consolidación del marco institucional y la estabilidad política lograda durante el gobierno de Bulnes que permitió integrar subordinadamente a la elite intelectual derrotada en 1830. Domingo Amunátegui Solar ha resaltado las características de los gobiernos de Prieto y su sucesor Manuel Bulnes que abarcan veinte años de vida republicana con estas palabras:

Recórranse los diez años de actividad pública de Portales, de 1827 a 1837, y no se encontrará una sola reforma cultural comparable a la creación de la Universidad de Chile. Montt pudo ser tan autoritario como se quiera; pero dejó establecido el organismo universitario, que calladamente y sin cesar ha ido transformando nuestra sociedad<sup>40</sup>.

Este enorme avance cultural del período de Bulnes consolidó los escasos logros de la etapa anterior y catapultó el desarrollo de otras áreas de la ciencia y el conocimiento.

La ley que creó la Universidad estableció que ésta era “un cuerpo encargado de la enseñanza y el cultivo de las letras y ciencias en Chile”; enseguida agregaba que a ésta le correspondía “la dirección de los establecimiento literarios y científicos nacionales y la inspección de todos los demás establecimientos de educación”. Como puede verse, una definición tan general tendía a otorgar a la institución un marcado papel en la supervigilancia de la educación por sobre el desarrollo de las ciencias<sup>41</sup>.

Algunos historiadores han destacado que la Universidad de Chile desde su fundación y al menos hasta 1879, no tenía como labor fundamental ser un lugar de cultivo de las ciencias, pese a que este era uno de sus objetivos, sino la labor educacional como Superintendencia de Educación. Sabemos que esto no es así: la Universidad desde sus inicios tuvo como objetivo ser más una academia científica y literaria que un organismo de enseñanza; sólo a partir de 1848 enmendó rumbos

<sup>40</sup> Domingo Amunátegui Solar, *El progreso intelectual y político de Chile* (Santiago: Nascimento, 1936), p. 72.

<sup>41</sup> “Mensaje del Ejecutivo con el proyecto”, 4 de julio de 1842. SCL. Vol. XXX, pp. 121-124.

hacia una institución educativa. A partir esta segunda etapa, la Universidad no logró consolidar facultades fuertes en el ámbito académico y científico, lo cual no significó que en Chile no hubiera habido producción de conocimiento, sólo que el Estado no se preocupó de incentivarla como lo hizo con la educación pública o, aunque en segunda prioridad, la formación de profesionales<sup>42</sup>.

Desde la creación de la institución el rector encargó la traducción de textos extranjeros y trató de incentivar la producción local. Ello se articuló con el proceso general de estandarización y masificación del conocimiento en lo que Jacques Le Goff ha llamado la “ampliación de la memoria escrita”, característica de una sociedad moderna, lo que implicaba una transformación del sistema escolástico universitario basado en la memorización<sup>43</sup>. Pero este proceso fue lento y pese a esta limitación evidente la labor científica de la Universidad se centró en la realización de “memorias históricas” y la creación de la primera publicación académica, los *Anales de la Universidad*.

Las memorias eran de dos tipos: las que financiaba anualmente cada facultad y las históricas. Las primeras versaban sobre las temáticas de cada dependencia; pero las segundas eran fruto de concursos de la Universidad y tuvieron una enorme importancia en el desarrollo de la historiografía nacional. Aunque la Universidad financiaba sólo su publicación, con ello se cumplían dos objetivos: primero, el académico que ganaba el premio por la memoria anual lograba prestigiarse ante sus pares y, en muchas ocasiones, era el inicio o la consolidación de una carrera política<sup>44</sup>; segundo, de esta manera el Estado chileno incentivaba el desarrollo científico de esta disciplina que, hasta donde sabemos, no tuvo emuladores en el resto de los países latinoamericanos. Un análisis superficial tanto de los autores como de los temas nos permite darnos cuenta de la envergadura de estas obras<sup>45</sup>. Aparte de la importancia

<sup>42</sup> Véase: Serrano, *Universidad y Nación*, pp. 127-128; Cfr. Abraham König, *Memorias íntimas, políticas y diplomáticas de don Abraham König, Ministro de Chile en La Paz* (Santiago: Imprenta Cervantes, 1927), pp. 24-26.

<sup>43</sup> Jacques Le Goff, *El Orden de la memoria* (Barcelona: Paidós, 1991), p. 58.

<sup>44</sup> De los nueve primeros ganadores de los certámenes, todos fueron posteriormente ministros de Estado (Lastarria, Amunátegui, Tocornal, García Reyes), y dos de ellos, presidentes de la República (Errázuriz y Santa María). Serrano, *Universidad y nación*, p. 118.

<sup>45</sup> Entre los galardonados figuraron José Victorino Lastarria, quien escribió *Investigaciones sobre la conquista y el sistema colonial de los españoles en Chile* (1844); Diego José Benavente *Las primeras campañas en la guerra de Independencia* (1845); Antonio García Reyes, *Primera escuadra nacional* (1846); Manuel Antonio Tocornal, *El primer gobierno nacional* (1847); Salvador Sanfuentes, *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la del Maipo* (1850); Miguel Luis Amunátegui, *La dictadura de O'Higgins* (1853); Domingo Santa María, *Sucesos ocurridos desde la caída de don Bernardo O'Higgins, en 1823, hasta la promulgación de la constitución dictada en el mismo año* (1857); Federico Errázuriz, *Chile bajo el imperio de la constitución de 1828*, (1860); Miguel Luis Amunátegui, *Descubrimiento y conquista de Chile* (1861) y de Melchor Concha y Toro, *Chile durante los años 1824 a 1828* (1862). Serrano, *Universidad y nación*, p. 119.

científica y la proyección política, hay otros aspectos destacables en las memorias: primero, fue nuevamente un espacio de la lucha política e intelectual del liberalismo; segundo, la mayoría de ellos presentan un balance histórico y político sobre la Independencia y los primeros años de gobierno republicano, esto es, un balance que, aparte de ser útil para la política de ese momento, estaba construyendo la historia nacional. Además el rector dedicó informadas reseñas a cada uno de estos trabajos que salieron publicadas en *El Araucano*, el periódico del gobierno.

Junto con las memorias, los *Anales de la Universidad de Chile* comenzaron a publicarse en 1844 y, con interrupciones se mantienen hasta hoy. Su primer número incluyó el *Discurso de instalación* del rector y la inauguración de la institución; pero la estructura permanente de la publicación la ubicó como una de las más importantes en la divulgación del conocimiento científico y los avances pedagógicos y educacionales. En sus páginas aparecieron los documentos públicos relativos a la educación: decretos, leyes, reglamentos, informes anuales del ministerio, del rector y de los directores de las distintas instituciones educacionales; las memorias que cada Facultad determinaba de interés, los discursos de incorporación y más tarde colaboraciones y artículos de revistas extranjeras. Su tiraje al principio fue de 500 ejemplares, que en 1858 aumentó a 800; se distribuía a todos los miembros de la Universidad, al Poder Judicial, las autoridades educacionales de provincia, y los altos funcionarios de ministerios; además de venderse al público. Por otro lado la publicación fue una vitrina para mostrar los logros científicos y literarios de la Universidad a la comunidad internacional y a Universidades, Academia y gobiernos extranjeros<sup>46</sup>.

## UNIVERSIDAD, LIBERALISMO Y POSITIVISMO

En la segunda mitad del siglo XIX los intelectuales latinoamericanos conocieron los planteamientos del fundador del positivismo, Augusto Comte, a través de sus discípulos Herbert Spencer pero fundamentalmente de John Stuart Mill y e iniciaron su divulgación en el continente<sup>47</sup>. La irrupción del positivismo produjo un doble efecto en el desarrollo intelectual latinoamericano: por un lado, contribuyó a cortar los lazos que quedaron con el antiguo “pensamiento ilustrado” y del despotismo

<sup>46</sup> Ignacio Domeyko relata en sus memorias que tanto los *Anales* como las restantes publicaciones de la Universidad, eran enviadas o intercambiadas con otras academias como el Instituto Smithsonian de Washington, la Universidad de Lovaina, la Real Sociedad Geográfica de Londres, la Academia de Ciencias de Madrid, la Academia de Ciencias de San Petesburgo, y muchas otras. Domeyko, 1977, I, p. 772.

<sup>47</sup> Arturo Ardao, en un célebre artículo sobre el tema, ha señalado que en América Latina el positivismo no fue “solo adoptado sino también adaptado”. La cita en el inglés original: “...was not only adopted but adapted... to our historical-culturel characteristics”. Arturo Ardao, “Assimilation and transformation of positivism in Latin America”, *Journal of the History of ideas*, Vol 24: N° 4, (oct.-dec, 1963), p. 515.

ilustrado borbónico; por el otro, coadyuvó a separar al pensamiento liberal de sus tendencias jacobinas, inspirados en los planteamientos de Rousseau y en los logros y utopías iniciados en 1789. De esta manera, se fundamentó una teoría política que tenía el elemento novedoso de plantearse como “científica”, con la que las elites intelectuales y sociales intentaron otorgar estabilidad a la consolidación de los Estados-nación latinoamericanos y modernizar sus sociedades. Finalmente, los elementos teóricos otorgados por el positivismo jurídico ayudaron a ordenar la discusión acerca de la organización de la sociedad; a la vez que jugaron un papel fundamental en el desplazamiento de las doctrinas jurídicas suministradas por el derecho canónico, dominante durante toda la colonia, y la casuística del derecho civil, presente hasta principios del siglo XIX en los programas universitarios latinoamericanos<sup>48</sup>.

El positivismo llegó a Chile en la década de 1870. En esa época ya se había hecho un largo y dificultoso camino en la conquista de algunas reformas al Estado conservador y autoritario fundado a partir de 1830. El conjunto de las reformas políticas impulsadas por el liberalismo, pero sobre todo la formación de una estructura educacional secundaria y universitaria y la creación de círculos intelectuales independientes, contribuyó a que la recepción de esas ideas fuera exitosa. Cuando se lo miró con una perspectiva más global se lo incluyó en estudios generales acerca de la política y de la cultura en Chile que abarcan su estudio de manera general o se conforman con la mera enunciación del tema. En su conjunto, los trabajos historiográficos, si bien permiten hacerse una idea general, impiden comprender la trama política, cultural e ideológica en la cual llegó el positivismo a Chile, la forma en que se le recepcionó, quiénes y cómo lo leyeron y cuál fue su influencia real en el medio cultural chileno<sup>49</sup>. Tampoco los trabajos sociológicos o literatos han sido conclusivo<sup>50</sup>. La historiografía anglosajona, por su parte, nos ha dejado tres estudios acerca del positivismo en Chile<sup>51</sup>. Pero en general, todos estos autores analizan el

---

<sup>48</sup> Moraga, *El positivismo en Chile*.

<sup>49</sup> Miguel Vicuña, *La emergencia del positivismo en Chile* (Santiago: ARCIS, 1997), p. 4. M. Eugenia Pinto, “El positivismo en Chile y la laicización de la sociedad, 1874-1884”, en: Ricardo Krebs et. al. *Catolicismo y laicismo, seis estudios* (Santiago: Ediciones Pontificia Universidad Católica, 1980), pp. 211-252. Gonzalo Vial, *Historia de Chile 1891-1973* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1983-1986), vol. I, p. 243.

<sup>50</sup> José Joaquín Brunner, *El caso de la sociología en Chile: formación de una disciplina* (Santiago: FLACSO, 1988). En el capítulo X de su segundo volumen, “liberalismo positivista y naturalismo”, Subercaseaux, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, I, pp. 203-231. La única biografía de Valentin Letelier es de Luis Galdamez, *Valentín Letelier y su obra* (Santiago: Imprenta Universitaria, 1937). Sobre Lastarria el único texto biográfico es el de Fuenzalida Grandón, 1911 y 1914.

<sup>51</sup> Thomas Bader, “Early positivistic thought and ideological conflict in Chile”, *The Americas* Vol 26: N° 4 (april, 1970). Allen Woll, *A functional past. The uses of History in Nineteenth-Century Chile* (Louisiana State University:

positivismo chileno de manera fragmentaria, ya sea centrándose en los personajes, en aspectos muy circunscritos o en periodos muy acotados.

### LA RUPTURA INTELECTUAL ENTRE MODERNIDAD Y TRADICIÓN

En 1877 el mineralogista de origen polaco Ignacio Domeyko fue reelecto en la rectoría de la Universidad de Chile para el período que finalizaba en 1882. Hacía once años que este intelectual conservador había reemplazado a Bello en la dirección de la Universidad. El contexto político y cultural en que ejerció este tercer período de rectorado fue muy tenso para el ambiente universitario. Un año antes había asumido la presidencia de la República Federico Errázuriz; antiguo militante conservador que, ahora en las filas liberales, había devenido profundo anticlerical.

La elección de rector desató una fuerte polémica entre los nacionales, que postulaban a Varas, y los radicales y liberales que apoyaban a Barros Arana y deseaban que éste volviera al sitio del cual había sido tan ignominiosamente desplazado en 1873. Pero los mismos partidarios de uno y otro dieron su apoyo a Domeyko, reproduciendo en el plano universitario, varios años después de muerta, la alianza entre liberales y conservadores que conocimos como “fusión”<sup>52</sup>. Esta vez las luchas políticas no influyeron directamente en los rumbos que la comunidad académica deseaba para la Universidad. Con ello, se atrasaba la llegada del positivismo a la Universidad en que todavía reinaba el pensamiento católico ilustrado que representaba el sabio polaco.

Domeyko tuvo problemas dada la actitud, ya no regalista, sino decididamente anticlerical del presidente Domingo Santa María, bajo cuyo mando se aprobaron las llamadas “Leyes laicas” (de Matrimonio civil, Registro Civil y Cementerios). Pese a esto, el rector mantuvo su papel de mediador de los conflictos entre las distintas fracciones políticas que coexistían en la Universidad. En las elecciones para el período 1882-1887, se repitió la situación anterior y Domeyko se vio obligado a permanecer al frente de la Universidad pese a que ya se había jubilado. Los candidatos eran nuevamente Varas y Barros Arana, pero al no tener aquel la mayoría absoluta y frente a la posibilidad de que ante una nueva votación ganara, los votos radicales apoyaron al polaco para dejar estratégicamente al nacional en segundo lugar. Ocurrió lo esperado:

---

Baton Rouge, 1982) y en “Positivism and History in Nineteenth-century Chile: José Victorino Lastarria and Valentin Letelier”, *Journal of History of Ideas*, Pensilvania, Vol. 37: N° 3 (Jul-Sep., 1976), pp. 493-506. Stephan L. Fogg en *Positivism in Chile and influence in education and economic thought*, (Doctoral Theses, University of New York, 1978).

<sup>52</sup> Moraga, *El positivismo en Chile*, capítulo III. Edwards, “La fusión de las frondas” en la *Fronda Aristocrática*, pp. 89-93.

Varas, ofendido, renunció a la posibilidad de ir de segundón y Domeyko negoció con el gobierno la permanencia en el cargo por dos años. Después de esto renunció definitivamente en mayo de 1883 y se alejó del país un año después<sup>53</sup>. Su salida marcó también el fin de toda una generación de intelectuales y científicos europeos que habían llegado a Chile a sentar las bases de la ciencia y la literatura; además salía el último representante del pensamiento de una corriente científica católico-ilustrada pero políticamente ultramontana sostenida por los laicos, de los que había sido sólidos representantes intelectuales aunque no en el plano de la política, Juan y Mariano Egaña y Andrés Bello.

La salida de Domeyko de la Universidad puso fin de la larga cohabitación ideológica. Ante la creciente presencia liberal y radical en la Universidad y la sociedad, el sector tradicionalista de la intelectualidad chilena, paradójicamente formado en la misma institución estatal, salió para formar una universidad confesional. El Estado chileno transó con el proyecto conservador y en 1889 se fundó la Universidad Católica con cuya creación –según el historiador Ricardo Krebs– “el catolicismo chileno quiso responder al tremendo desafío que presentaba el avance de las tendencias antirreligiosas en la segunda mitad del siglo XIX”. Pese a tener ciertos rasgos modernizantes, por ejemplo, la existencia temprana de facultades y carreras técnicas como Ingeniería, Hidráulica, Arquitectura y Agronomía: “distantes de la concepción convencional de universidad que prevalecía en el país”, en ella se siguieron reproduciendo los cuadros sociales y políticos de la elite tradicionalista. La Iglesia retomaba la ofensiva intelectual intentando unir razón y fe en la fundación del neo tomismo<sup>54</sup>. Además del Vicario Capitular de Santiago, Joaquín Larraín Gandarillas y del presidente del Partido Conservador, Domingo Fernández Concha, la nueva institución contó con la presencia de ilustres prohombres de la intelectualidad católica como Abdón Cifuentes, quien fue profesor de derecho constitucional hasta 1920 y Carlos Risopatrón, quien ejerció como decano de la Facultad de Derecho<sup>55</sup>. Con la fundación de la Universidad confesional se

<sup>53</sup> El Senado, compuesto en su mayoría por ex alumnos suyos, supo recompensar bien sus cuarenta años de servicio intelectual concediéndole una pensión anual de 6000 pesos (la jubilación de cuarenta años de servicio era de sólo dos mil), la más alta entregada a un funcionario público hasta entonces. Ignacio Domeyko, “Memorias autobiográficas”, *La Revista de Chile*, Santiago, vol. IV, N° 1, 1 de enero, 1900, pp. 5 y 6.

<sup>54</sup> Ricardo Krebs et. al., *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile*, Santiago, Ediciones de la Universidad Católica, 1994, I, pp. 3 y 5.

<sup>55</sup> Carlos Risopatrón nació en Santiago en 1824, estudió en el Instituto Nacional y leyes en la Universidad de Chile, y recibió la influencia directa de Bello. Hizo su práctica con Antonio Varas quien lo llevó como profesor al Instituto. Allí redactó textos de historia y geografía y unas *Nociones elementales de cosmografía*; el rector lo nombró profesor de la Facultad de Filosofía y Humanidades en 1852, asumió con un discurso sobre los “Orígenes de la lengua castellana”. Fue un eficiente funcionario de la reforma procesal y ministro de la Corte de

consolidaba en el ámbito intelectual y de la formación científica la división ideológica, política y cultural característica de la sociedad chilena.

### LA UNIVERSIDAD ANTE LA CIENCIA Y EL CONOCIMIENTO MODERNO

A la par que la Universidad estatal se liberaba de la tutela ilustrada y ultramontana, se abrió paso a la profesionalización de la carrera pedagógica. Hasta 1888 la formación de profesores primarios y secundarios dependía de la Escuela Normal de Preceptores. Los académicos y profesores universitarios se reclutaban entre los más aptos del sistema; muchos iniciaban como inspectores del Instituto, o en su defecto del Seminario, y de allí saltaban a dictar algún curso que después les servía para obtener un nombramiento definitivo; otros, especialmente los santiaguinos que iban a provincia, eran contratados casi inmediatamente de salir para remediar la falta crónica de maestros en los distintos liceos.

El 17 de septiembre de 1893 la institución fundada por Bello celebró medio siglo de existencia. En la ocasión pronunciaron discursos el historiador Diego Barros Arana, rector de la Universidad, Abraham König, profesor de derecho constitucional, y Guillermo Matta, que leyó un poema titulado “Ciencia y progreso”<sup>56</sup>. Tanto por las personalidades que actuaron en la ocasión, como por el contenido de sus intervenciones, este fue el momento en que el positivismo se consolidó en la Universidad de Chile. Matta, un positivista formado en los círculos radicales de la ciudad de Copiapó afines a esta filosofía y el hecho de que era amigo personal y suegro de Valentín Letelier<sup>57</sup>. Barros Arana, de una formación absolutamente clásica, acorde con el modelo educativo diseñado por Bello, varió sus inclinaciones educativas y certidumbres científicas, situación que demostró claramente cuando cambió su voto al interior del Consejo Universitario y dio paso a la supresión del latín de la enseñanza de las humanidades. Desde mediados de la década de 1880, y por su

---

Apelaciones de Concepción en 1854. Cuando estalló la revolución de 1859, Montt le encargó la defensa de todo el sur, lo que cumplió exitosamente. Allí se hizo amigo del Obispo José Hipólito Salas. En 1890 fue nombrado ministro de la Corte Suprema. Fundador de la Universidad Católica junto a Larrain Gadarillas y Fernández Concha, además de decano de la Facultad de Derecho. Figueroa, *Diccionario histórico biográfico*, V, pp. 652-655.

<sup>56</sup> Abraham König Velásquez. Nació en la provincia de Chiloé en 1846, hijo de una chilena y un marino francés. Estudió leyes y se recibió de abogado en 1869; fundó el Instituto de Abogados. Militante radical, destacó como orador parlamentario junto a M.A. Matta y E. Mac-Iver. En 1870 accedió a la Cámara de Diputados y defendió las leyes laicas. Fue redactor de *El Deber* de Valparaíso, y *El Ferrocarril* de Santiago. Escribió *Voltaire*, un *Código de Justicia Militar*. En 1891 fue opositor a Balmaceda. En 1895 fue nombrado profesor de derecho constitucional de la Universidad y al año siguiente, diputado por Ovalle. Murió el 1º de agosto de 1925. Figueroa, *Diccionario histórico biográfico*, tomo III, pp. 600-601.

<sup>57</sup> Guillermo Matta en: Universidad de Chile, *Quincuagésimo aniversario de la fundación de la Universidad de Chile*, p. 38-42.

decidido apoyo al trabajo científico y filosófico de Letelier se había abierto, sin serlo a cabalidad, al positivismo<sup>58</sup>. König, en cambio, es un sujeto formado, si bien no totalmente, en las nuevas tendencias educativas que se abrían a la ciencia de fines de siglo XIX. Había estudiado leyes en la Universidad, era un gran conocedor de Emile Littré, pero no sabemos a que otros maestros del positivismo conoció, pues en sus memorias no es muy exacto al respecto<sup>59</sup>. Lo que si podemos suponer, por la justificación de las acciones de Chile en la Guerra del Pacífico, es que era un darwinista social y que de ello que se había imbuido en las lectura de Spencer<sup>60</sup>.

Éste fue, además, el momento en que la generación de hombres formados íntegramente por la casa de estudios, los que más propiamente se podían llamar “hijos de la Universidad”, habían consolidado su poder intelectual después de enfrentar difíciles luchas, tanto al interior de la institución, como en el Estado y el sistema político. Además, esto ocurría después de que la generación de sus fundadores y su primer cuerpo de profesores, había desaparecido íntegramente y que los ultramontanos habían abandonado la Universidad para fundar una institución confesional.

En su discurso Barros Arana recordó la fundación de la Universidad y su significado histórico. Cincuenta años después de haber asistido a su nacimiento, realizó un recuento de los avances en la formación de la historia nacional, la difusión del conocimiento a través de los *Anales* y en la enseñanza, que implicó esa larga etapa de su vida institucional. Finalizaba haciendo un balance de los avances de la ciencia y su significado en el presente:

La ciencia, como sabéis, ha experimentado en los últimos cincuenta años una renovación, puede decirse así, radical y completa. Al paso de todas las ciencias de observación y de experimentación han ensanchado su campo y reforzado sus leyes fundamentales con numerosos descubrimientos y con

---

<sup>58</sup> Probablemente de aquí surgió el injustificado mito del “Barros Arana historiador positivista”, que tanto se ha difundido en la actual historiografía chilena pretendidamente revisionista (pues no se basa en una recensión real de la obra de este autor).

<sup>59</sup> Abraham König, *Memorias íntimas, políticas y diplomáticas de don Abraham König, Ministro de Chile en La Paz* (Santiago: Imprenta Cervantes, 1927), p. 80.

<sup>60</sup> Fabio Moraga, *El positivismo en Chile*, pp. 490-491.

horizontes nuevos, han nacido otras, o se han formulado nuevos principios generales, aplicables a todas<sup>61</sup>.

¿Cuáles eran esas nuevas disciplinas que partían de nuevos principios generales? Barros Arana hace un breve balance acerca de los avances de la ciencia en la segunda mitad del siglo: psicología, fisiológica, filosofía positiva, bacteriología, química atómica, “ciencias o métodos científicos [que] han venido a comunicar un impulso vigoroso al espíritu humano”. A ellas se unían nuevas teorías: análisis espectral, doctrina de la unidad de las fuerzas físicas, estas últimas –como podemos ver- teorías físicas o hereditarias de las “ciencias duras” que tenían, necesariamente, influencia en las teorías sociales:

[...] la teoría de la evolución que, deducida primero del estudio de los organismos naturales, ha pasado a explicar los fenómenos sociales y a producir una revolución en las ciencias políticas y jurídicas, en la inteligencia de los acontecimientos pasados y en la concepción verdadera de la historia de la humanidad<sup>62</sup>.

Esta innovación y ampliación del campo de las disciplinas científicas había logrado sentar “verdades evidentes e indiscutibles”; pero en este acerto hay un matiz importante pues hacía suya una frase de Macaulay: “La ciencia, no descansa nunca, porque nunca llega a su destino definitivo. Un punto que ayer era invisible, es hoy un término momentáneo y mañana será un punto de partida”<sup>63</sup>. Aunque la intervención de Barros Arana se inscribe dentro del discurso general del positivismo, se distancia

---

<sup>61</sup> “Discurso de don Diego Barros Arana”, en: Universidad de Chile, *Quincuagésimo aniversario de la fundación de la Universidad de Chile, 17 de septiembre de 1893. Discursos* (Santiago: Imprenta Cervantes, 1893), p. 21.

<sup>62</sup> Ibid.

<sup>63</sup> No es casual esta identificación del historiador chileno con este político inglés, en el contexto de articulación del positivismo con el liberalismo y en un ámbito en que se cruzaba lo político y lo científico. Thomas Batington Macaulay (1800-1859) fue un historiador, crítico y político inglés. Escribió influido por el romanticismo, especialmente por Sir Walter Scott. A los 18 años ingresó al Trinity College, en Cambridge, donde se destacó como joven prodigio por su aguda comprensión de todas las ramas de la ciencia, salvo las matemáticas. En 1825 publicó en *Edimburg Review* un ensayo sobre Milton, que lo catapultó a la fama. Cuatro años después ingresó a la Cámara de los Comunes en representación de los *Whigs*, donde se destacó por su acción liberal y reformista. Abandonó paulatinamente la política y se dedicó a la historia, en particular a su magna *Historia de Inglaterra* cuyos primeros cuatro volúmenes vieron la luz en 1848 y 1852. Fue rector de la Universidad de Glasgow (1849) y profesor de historia de la Royal Academy (1850). Razón tenía Lastarria en la crítica que le hiciera en *La América* como un político que pese a su liberalismo, era un monarquista, pues en 1857 el inglés fue nombrado Barón Macaulay of Rotheley. Mark Almeras Thomsom, *Macaulay*, London. Historical Association, 1972.

de los positivistas religiosos que sostenían que el “estado positivo” de desarrollo del entendimiento humano era un estado definitivo del cual no se podía avanzar más allá.

La labor de la ciencia en Chile, un “pueblo relativamente nuevo, más nuevo todavía en la labor científica”, que había nacido, según la expresión de Andrés Bello, de un régimen que estaba “en guerra permanente contra la civilización”, no era exigir que este pueblo tomara rápidamente participación en el conocimiento, pero sí se podía aprovechar para levantar el nivel intelectual y moral de Chile, para llegar cuanto antes a tomar un lugar destacado entre las naciones cultas. Esto tenía que ver directamente con la etapa que estaba viviendo el país y los desafíos de la humanidad:

La ciencia, señores, prepara todos los maravillosos inventos de la industria que desarrollan la riqueza pública y aumentan nuestro bienestar. Destruyendo errores de todo orden, habituándonos al trabajo de observación y enseñándonos a guiarnos por ésta, desarrolla y fortifica nuestra razón. Da firmeza y corrección a nuestros juicios, eleva nuestro carácter y enaltece nuestros sentimientos, haciéndonos superiores a las miserias y a las contrariedades de la vida. La ciencia, por fin, más que todas las otras manifestaciones de la actividad humana, engrandece a los pueblos en el presente, ante el consorcio de las naciones y les conquista para más tarde la gloria en los fastos históricos de la humanidad<sup>64</sup>.

Este es el credo científico de Barros Arana, un credo que no se contradecía con su ideario liberal inicial pero que ahora, cuando abría las puertas de la universidad para que el positivismo entrara, adquiriría el sentido de ser el gran árbitro de la vida individual y colectiva, de las relaciones de las naciones y de su proyección a escala histórica y universal.

El discurso de König, por su parte, se adentró en las características fundacionales y los cambios que había experimentado la Universidad a lo largo de cinco décadas, para luego hablar del papel actual de la enseñanza estatal y gratuita como formadora de ciudadanos, como reguladora de las desigualdades sociales y de clase de los jóvenes talentosos, cualquiera fuera su “jerarquía social” de origen. Esto era muy claro en aquellos que habían sido grandes servidores de la República en la

---

<sup>64</sup> “Discurso de don Diego Barros Arana”, en: Universidad de Chile, *Quincuagésimo aniversario de la fundación de la Universidad de Chile*, p. 30.

política, la administración, justicia y la educación. Sin esa protección amplia y universal –se preguntaba König - ¿serían muchos los escritores y hombres de ciencia que tendría el país?<sup>65</sup>

Este avance en la formación de una capa intelectual que posibilitara el progreso del país, se debía a que la Universidad había seguido el desarrollo general de las ciencias del “mundo civilizado”, que hoy giraban hacia las ciencias de la observación y la experimentación, que daban a la enseñanza un rumbo “más práctico y positivo para hacerla más útil”. Esta era una tendencia del “espíritu moderno”:

En conformidad a ese sistema, las matemáticas, las ciencias físicas y naturales y la lógica, son los ramos esenciales que la juventud tiene que estudiar profundamente, los ramos que la Universidad debe enseñar con ardor, procurando extender su enseñanza en toda la República.

Estos estudios son la base de los conocimientos. Las ciencias se entrelazan de tal manera que aún las más elevadas, y al parecer las más independientes, tienen sus raíces en las ciencias naturales. Así las leyes sociales no tienen explicación si se ignoran las leyes que producen los fenómenos naturales<sup>66</sup>.

Para corroborar sus acertos citaba a Littré y su concepción del saber humano en virtud de la cual éste es el:

[...] estudio de las fuerzas pertenecientes a la materia y de las condiciones o leyes que rigen esas fuerzas. Nosotros no conocemos más que la materia y sus fuerzas o propiedades; no conocemos materias sin propiedades o fuerzas, ni fuerzas o propiedades sin materia. Cuando hemos descubierto un hecho general, en alguna de sus fuerzas o propiedades, decimos que estamos en posesión de una ley, y esta ley llega a convertirse en el acto en poder mental y en poder material; poder mental, porque se transforma en el espíritu en instrumento de lógica;

---

<sup>65</sup> “Discurso de don Abraham König”, en: Universidad de Chile, *Quincuagésimo aniversario*, p. 32.

<sup>66</sup> “Discurso de don Abraham König”, en: Universidad de Chile, *Quincuagésimo aniversario*, p. 32.

poder material, porque se transforma en nuestras manos en medios de dirigir las fuerzas naturales<sup>67</sup>.

De esta idea se derivaban las prioridades de la enseñanza: matemáticas y ciencias físicas y naturales que otorgaban el conocimiento de las leyes del universo; lógica, para dar una dirección correcta a esos conocimientos. Las humanidades no eran inútiles sino “secundarias”; del primer o único lugar que ocupaban en el antiguo esquema (el pensamiento ilustrado), ahora había que relegarlas al sitio que les correspondía. Así, la literatura era “complementaria de una educación esmerada” y las lenguas extranjeras vivas eran de indisputable utilidad en la vida práctica y en el cultivo de las ciencias; sólo la historia “ha merecido con justicia que la llamemos con el nombre que le dieron los antiguos, de maestra de la humanidad”. Esta disciplina mediante la influencia y el contacto con la ciencia se había enriquecido:

El espíritu de científico de los tiempos modernos ha ensanchado el campo de la historia, haciendo más fructíferas sus enseñanzas, y le ha dado tal carácter de rigurosa exactitud, que hoy día es la base de todo punto de partida de las ciencias sociales y jurídicas. Su estudio debe formar parte de toda enseñanza racional y positiva<sup>68</sup>.

König, lejos de la preocupación que ya se avizoraba en Valentín Letelier, de superar la historia para fundar la sociología, fijaba la centralidad de esta disciplina en el debate de los últimos 50 años; un debate que había surgido con el nacimiento mismo de la Universidad<sup>69</sup>.

Al término de la ceremonia el rector Barros Arana agradeció a los invitados, entre los que se encontraban Jorge Montt, el Presidente de la República, y los representantes de gobiernos e instituciones científicas extranjeras. Además recalcó el camino recorrido por la nación desde su nacimiento, cuando había “todavía muy escasa cultura intelectual”, hasta ahora en que el continente comenzaba a “tener algún nombre en el concierto de las naciones civilizadas”, de manera que europeos y

---

<sup>67</sup> Emil Littré citado por König. “Discurso de don Abraham König”, en: Universidad de Chile, *Quincuagésimo aniversario*, p. 36.

<sup>68</sup> “Discurso de don Abraham König”, en: Universidad de Chile, *Quincuagésimo aniversario*, p. 36.

<sup>69</sup> Hemos trabajado la evolución intelectual de Letelier en: Fabio Moraga Valle, “Más administración que política. Valentín Letelier y la formación de las ciencias humanas en Chile, 1870-1917”, *Tiempo Histórico* N° 8 (primer semestre de 2014): pp. 49-72.

norteamericanos podían ahora saber que estos países no estaban poblados de “indios salvajes” y que había en ellos instituciones científicas y educacionales como escuelas, colegios, universidades, bibliotecas museos y observatorios astronómicos y hombres consagrados al cultivo de las letras y de las ciencias. Finalizaba dirigiéndose a sus congéneres latinoamericanos llamándolos a marchar unidos para esforzarse “por todos los medios de ser dignos de figurar sin desdoro entre los pueblos cuya civilización nos sirve de maestro y de guía”<sup>70</sup>.

Después del *Discurso de instalación* de Andrés Bello, este fue el segundo gran momento en que un discurso científico y moderno reafirmó el sentido histórico de la institución que se había fundado cinco décadas atrás. Pero ahora era una posición colectiva, la de toda una generación de intelectuales, profesionales y científicos formados al albergue de sus muros y que se preparaban para enfrentar un nuevo siglo de vida institucional.

## CONCLUSIONES

Hemos revisado una parte de la evolución intelectual y política de una universidad en el contexto de la construcción de una nación y una república, un contexto de debates, de confrontaciones ideológicas y políticas y de profundo interés historiográfico. Lejos de ser una universidad continuadora de un pasado colonial y en un contexto político e institucional liberal, la universidad de Chile fue, ante todo, una institución ilustrada. Surgida en un ambiente delineado por el “despotismo republicano”, creado por la hegemonía política pelucona, evolucionó indefectiblemente unida al Estado en formación, a ser una institución científica moderna en el transcurso de sus primeros sesenta años de vida republicana. Si en Chile el Estado creó a la Nación, lo hizo gracias a que creó para ello a la Universidad, y ésta, en un largo proceso, reforzó la construcción de ambos.

La Universidad ilustrada fundada por el iluminista latinoamericano Andrés Bello, evolucionó a lo largo del siglo XIX hacia un científicismo y un liberalismo cada vez más definido. Pese a que albergó al conjunto de las fuerzas políticas e intelectuales existentes en el país durante los primeros años de la vida republicana, con el correr del tiempo el lugar donde “todas las verdades se tocan”, se transformó en insoportable para quienes nunca estuvieron de acuerdo en aceptar la modernidad y el avance del conocimiento, sin sentir que sus creencias peligraban.

---

<sup>70</sup> Discurso de Diego Barros Arana en: Universidad de Chile, *Quincuagésimo aniversario de la fundación de la Universidad de Chile*, p. 46.

La fundación de una universidad confesional que albergara a aquella intelectualidad refugiada en el pasado colonial y hostil a los avances de la ciencia y la sociedad garantizó la existencia, con financiamiento del Estado, a una elite refractaria a los cambios del mundo moderno. Con ello esa elite pudo seguir yendo a contrapelo de la historia, sin resentir los ataques de la impiedad representada en la ciencia y el conocimiento, pero a riesgo de ausentarse de la construcción de la nación y de amurallarse en una ciudad que se transformaría en un gheto. Desde allí, cada vez que ve a su mundo y sus valores amenazados, contraatacan para defender sus condiciones excepcionales de existencia. No es casual, entonces, que la Universidad de Chile no resintiera esa pérdida y continuara siendo ese lugar donde “todas las verdades se tocan” para, permanentemente, señalar las fisuras de la sociedad y el Estado que le dan vida.

## Referencias

### Fuentes primarias

- Archivo Nacional, Ministerio del Interior (ANMI), Vol. 51, f. 49. 30 de abril de 1833.
- Sesiones de los Cuerpos Legistaltivos (SCL), Vol. XXX, 1842.

### Fuentes secundarias

- Amunátegui Solar, Domingo. *El progreso intelectual y político de Chile*. Santiago: Nascimento, 1936.
- Ávila Martel, Alamiro de. *Reseña histórica de la Universidad de Chile (1622-1979)*. Santiago: Ed. de la Universidad de Chile, 1979.
- Bader, Thomas. "Early positivistic thought and ideological conflict in Chile". *The Americas*, Vol. 26, N° 4, April 1970. pp.376-393.
- Barros Arana, Diego. *Un decenio en la historia de Chile, (1841-1851)*. Santiago: Imprenta, litografía y encuadernación Barcelona, 1913.
- Bello, Andrés. "Discurso de Instalación de la Universidad", *Anales de la Universidad de Chile*, I, Santiago, 1843-1844 y VI, 7, IX-1998, pp. 139-152.
- Bello, Andrés. *Obras Completas* Vol. XIX. Caracas: Ministerio de Educación, 1951.
- Bravo Lira, Bernardino. *La Universidad en la historia de Chile, 1622-1992*. Santiago: Pehuén Editores, 1992.
- Cox, Cristián y Jacqueline Gysling, *La formación de docentes en Chile, 1842-1987*. Santiago: Centro de Investigaciones y Desarrollo de la Educación (CIDE), 1990.
- Edwards, Alberto. *La fronda aristocrática en Chile*. Santiago: Ercilla, 1936.
- Feliú Cruz, Guillermo. *La Universidad de Chile, Universidad de América*. Santiago: Universidad de Chile, 1953.
- Figueroa, Virgilio. *Diccionario histórico biográfico y bibliográfico*, tomo III. Santiago: Impr. y Litogr. La Ilustración, 1925-1931.
- Fogg, Stefen L. "Positivism in Chile and its impact on education development and economic thought", (Doctoral theses), New York, University of New York, 1978.
- Fuenzalida Grandón, Alejandro. *Lastarria y su tiempo, obras e influencia en el desarrollo político e intelectual*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1893.
- Galdamez, Luis. *Valentín Letelier y su obra*. Santiago: Impr. Universitaria, 1937.

- Góngora, Mario. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile, siglos XIX y XX*. Santiago: Universitaria, 1990.
- Góngora, Mario. “El pensamiento de Juan Egaña sobre la reforma eclesiástica: avance y repliegue de una ideología de la época de la Independencia”. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 68, Santiago, 1963, pp. 25-45.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. “Institucionalidad liberal y universidad en el Chile decimonónico”. *Universum* año, VI, Talca, 1991.
- König, Abraham. *Memorias íntimas, políticas y diplomáticas de don Abraham König, Ministro de Chile en La Paz*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1927.
- Lastarria, José Victorino. *Investigaciones sobre la conquista y el sistema colonial de los españoles en Chile*. Santiago: Impr. del Siglo, 1844.
- Le Goff, Jacques. *El Orden de la memoria*. Barcelona: Paidós, 1991.
- López, Vicente Fidel. “Clasicismo y romanticismo”, *Revista de Valparaíso* N° 4, Valparaíso, mayo de 1842.
- Moraga Valle, Fabio. “Ciencia Historia y razón política. El positivismo en Chile, 1840-1900” (Tesis de doctorado), México, El Colegio de México, 2007.
- Moraga Valle, Fabio. “Más administración que política. Valentín Letelier y la formación de las ciencia humanas en Chile, 1870-1917”. *Tiempo Histórico*, N° 8, primer semestre de 2014, pp. 49-72.
- Pinilla, Norberto. *La polémica del romanticismo en 1842*. Buenos Aires: Editorial Américalee, 1943.
- Pinto, M. Eugenia. “El positivismo chileno y la laicización de la sociedad, 1874-1884”. En *Catolicismo y laicismo, seis estudios*, editado por Ricardo Krebs. Santiago: Ediciones Nueva Universidad, Pontificia Universidad Católica, 1980, pp. 211-252.
- Rojo, Grinor. “La modernidad del proyecto universitario de Bello”. *Anales de la Universidad de Chile*, N° 15, 2003.
- Sanfuentes, Salvador. *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la del Maipo*. Santiago: Imprenta de La República, 1850.
- Santa María, Domingo. *Sucesos ocurridos desde la caída de don Bernardo O’Higgins, en 1823, hasta la promulgación de la constitución dictada en el mismo año, 1857*.
- Serrano, Sol. *Universidad y nación. Chile en el siglo XIX*. Santiago: Universitaria, 1994.
- Universidad de Chile. *Quincuagésimo aniversario de la fundación de la Universidad de Chile, 17 de septiembre de 1893. Discursos*, Santiago: Imprenta Cervantes, 1893.

- Unzué, Martín. “Historia del origen de la universidad de Buenos Aires (A propósito de su 190° aniversario)”. *Revista Iberoamericana de Educación Superior*, Vol. 8, N° 3, 2012, pp. 72-88.
- Salazar, Gabriel. *Mercaderes, empresarios y capitalistas (Chile, siglo XIX)*. Santiago: Sudamericana, 2011.
- Valenzuela Márquez, Jaime. “Los franciscanos de Chillán y la independencia: avatares de una comunidad monarquista” *Historia* N° 38, Santiago, Universidad Católica, enero-junio 2005, pp. 113-158.
- Vicuña, Miguel. *La emergencia del positivismo en Chile*. Santiago: ARCIS, 1997.
- Villalobos, Sergio. *Portales: una falsificación histórica*. Santiago: Universitaria, 2016.
- Vial, Gonzalo. *Historia de Chile 1891-1973*. Santiago: Editorial del Pacífico, 1983-1986.
- Brunner, José Joaquín. *El caso de la sociología en Chile: formación de una disciplina*. Santiago: FLACSO, 1988.
- Subercaseaux, Bernardo. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile, I*. Santiago: Universitaria, 1997, pp. 203-231.
- Woll, Allen. *A funtional past. The uses of history in Nineteenth-Century Chile*. Madison, Wis.: University of Wisconsin, 1975.
- Woll, Allen. “Positivism and *History* in Ninetheenth-century Chile: José Victorino Lastarria and Valentín Letelier”, *Journal of History of Ideas*, Pensilvania, Vol. 37, N° 3, Jul-Sep. 1976, pp. 493-506.